

## tema del mes

### Treinta años de feminismo

Las Jornadas Feministas Estatales, que durante los días 5, 6 y 7 de diciembre de 2009, reunieron a casi cuatro mil mujeres en Granada, querían recordar en su título las II Jornadas Estatales de la Mujer que en 1979, hace 30 años, también se celebraron en esta ciudad. Entre las más de 120 propuestas de debate figuraban los temas de siempre, pero desde otras ópticas, y otros totalmente nuevos, a pesar de lo cual la prensa no difundió, como era de esperar, este encuentro del movimiento feminista. Por ello recogemos en la revista algunas intervenciones que desde el mundo de la educación, del sindicalismo y desde nuestra propia historia queremos resaltar. Más información sobre las Jornadas en <http://www.feministas.org/spip.php?rubrique16>

**Esther Muñoz**

Secretaría de Igualdad FE CCOO

## La fuerza de nuestra propia historia

**Llum Quiñonero**  
Escritora

*Sabemos del camino recorrido en los últimos treinta años; de los esfuerzos realizados, de los debates abiertos, de los espacios ocupados. Pero necesitamos de sosiego para evaluar, conocer, sopesar nuestro presente y encaminarnos en plena crisis del sistema, hacia nuevos territorios, dibujando nuestros propios mapas. Necesitamos calma para nombrar lo que somos, para hacernos fuertes en nuestras biografías.*

TOMAMOS las aulas y salimos a la calle como nunca antes lo hicieron las mujeres en este país. El trabajo doméstico, la sexualidad, la vida pública y la privada, la escuela, la maternidad y la iglesia, la violencia, la ley y la política, el amor, la familia, el aborto y el trabajo asalariado. Lo queríamos todo y lo queríamos en aquel preciso momento.

Este feminismo que parimos juntas ha crecido y se ha hecho mayor: autónomo, dependiente, político, académico, burocrático, excéntrico, diferente, igual, mayúsculo y minúsculo, artístico y obrero, municipal, estrecho y ambicioso, más moderado y más transgresor que nunca; tan global y digital, como artesanal, comestible e indigesto a la vez.

Un feminismo que ha entrado en las fábricas, que ha pasado por los laboratorios de investigaciones científicas, por los consejos de gobierno, que ha atravesado confesonarios y se ha instalado en los mercados, en las agendas de los convenios sindicales, en los supermercados, en los dormitorios, en las cocinas y en el corazón de millones de mujeres y de hombres de la sociedad a la que pertenecemos. Hemos hecho un trabajo ingente. Un trabajo perfecto, lleno de penumbras.

Entonces teníamos por delante una ganas enormes de salir huyendo del mundo viejo y rancio del que formábamos parte, casi sin saberlo, en una carrera a contratiempo para evitar que nos atrapara. Y lo logramos. Nos dolía el vacío, nos hacía daño el silencio sordo que arrastraba nuestro género. Buscábamos referencias para sentirnos refrendadas y apenas balbucíamos unos cuantos nombres, como si aquel montón de mujeres hubiéramos nacido por esporas, surgidas sin sombra apenas a quien parecemos. Estábamos enredadas en aquel final de siglo, en la agitación de la joven democracia que nacía de mano de nuevos retos y de las viejas ideologías que nos encorsetaban y nos daban fuerza a la vez. Entre el manantial y el delta, siendo cauce y agua.

Dedicamos mucho tiempo a buscar mujeres a las que parecemos, mujeres que estaban atrapadas en el silencio de la represión franquista, del exilio, o de la misoginia secular. Buscamos y encontramos mujeres sabias por todas partes; barrimos, limpiamos el viejo polvo de la memoria estrecha de la misoginia y las mujeres comenzaron a brillar con luz propia.

### **Las mujeres volvemos, de nuevo, a ser el corazón de la sostenibilidad, la energía de la recuperación**

Hay un ¡ay!, que ahora siento y entonces no fuimos capaces de intuir. Aquellas jóvenes miramos por encima del hombro a las madres que nos habían alimentado y habían atravesado la vida bajo un régimen que las consideraba menores de edad, dependientes, gente sin talento. Ellas guardaron los secretos heredados, los miedos, los deseos y frustraciones con las que vivieron y millones de ellas guardaron silencio frente a nuestra rebeldía. Ellas, las que nacieron en tiempos de la dictadura, educadas en el sometimiento, hijas de la una, grande y libre, nos hicieron como somos, aunque en tantas ocasiones creyéramos a contrapelo.

En estos treinta años hemos realizado una carrera veloz, meteórica, agotadora. Hemos buscado y encontrado sabias, filósofas, músicas, artistas, escritoras, doctoras en Medicina... Hemos buscado y hemos encontrado, en el silencio de la dictadura, la luz y el calor de nuestras antecesoras y hemos podido pronunciar sus nombres: desde Clara Campoamor a Federica Montseny, desde María Zambrano a las audaces Mujeres Libres que en 1936 tenían un programa semejante al que elaboraríamos en los años setenta, con los puentes prácticamente destruidos entre nosotras.

Pero tengo el convencimiento de que necesitamos mirar más cerca para encontrar nuestra propia fuerza. Más cerca y dentro, más dentro.

Muy pocas de nosotras podemos encontrar entre nuestras antepasadas a ilustres científicas, a artistas influyentes, a abogadas y políticas de renombre, a militantes de vanguardia. Pero en todas nuestras genealogías hay mujeres superlativas, capaces de multiplicar un sueldo escaso, expertas en coser trajes sin tela, hábiles para guisar para mucha gente con unas cuantas patatas y un poco de arroz. Estraperlistas, putas, amantes a tiempo parcial preñadas de bebés sin apellidos de padre, cocineras, madres de leche, curanderas, panaderas, perfectas amas de casa, sabedoras de sábanas blancas y de patios baldeados cada tarde de verano. En todas y cada una de nuestras genealogías ha habido luchadoras contra viento y marea, obligadas a la obediencia, condenadas a la sombra, militantes de la vida. Nuestra fuerza la hemos recibido de ellas, de esas mujeres nuestras que tenían miedo, que no tenían derechos, ni habitación propia, ni políticas sociales que las ampararan. Dicen que la España de la postguerra era un inmenso burdel. Pues bien, ¿cuántas de nosotras no somos hijas de aquellas mujeres valientes? ¿Acaso sus nietas? ¿Cuántas de nosotras no lo sabemos? Miraremos nuestra historia para ver el valor de lo que hemos recibido.

Tras un tiempo de agitación y superabundancia, aterrizamos en un presente incierto, que nos coloca de nuevo ante la incertidumbre de vivir. Amaneció el siglo XXI y, con él, cambios apabullantes, el modelo económico se tambalea y el sistema busca nuevos referentes. Nosotras también los buscamos. Las mujeres volvemos, de nuevo, a ser el corazón de la sostenibilidad, la energía de la recuperación, sólo que ahora nos corresponde –y eso propongo– poner en su justo lugar el bien hacer de las mujeres que, en todo el mundo y, de manera cercana, nuestras madres, abuelas y bisabuelas, fueron –son– capaces de ser eficientes, productivas y austeras. Y que gracias a ellas, a su capacidad de sacarle partido a la ropa, la comida, la casa, la moral...la sociedad de post guerra superó el hambre y el racionamiento.

Vivimos el fin de la era industrial y no sabemos bien hacia dónde dirigirnos. Pero contamos con las mañas de las mujeres que han sabido llevar las cuentas y condenar el despilfarro. Es el momento de poner en marcha nuevos retos, aprovechemos todas nuestras capacidades y recursos, defendamos lo que somos, pongamos en valor lo elemental, lo básico: aquella sabiduría que no tiene precio y que tan cerca está de las mujeres. La casa con las camas hechas, la comida que nos alimenta, el comedor limpio y ordenado, las cuentas terminadas y los recibos pagados, los besos que nos damos cuando nos vamos a dormir. Pongamos en valor la fuerza femenina que se ha probado también en la esfera pública y que se ha atrevido a ser ministra, ingeniera, fontanera, médica o maestra sin renunciar a tener una familia propia. Reclamemos una vida digna, que no nos parta a la vez el alma y la columna vertebral.

Barrer, cocinar, sacar brillo, lavar, ir a la compra, coser, arreglar los armarios, levantarse por la noche cuando el bebé llora, atender a quienes necesitan cuidados, no son tareas de mujeres. Son los mimbres de nuestra arquitectura íntima, emocional, económica y social. Lo hemos repetido durante décadas. La gran economía se soporta sobre esa red de microeconomías que a todos nos incumbe. Reclamemos el derecho de todos a disfrutar de una vida propia; a que los hombres con quienes compartimos la vida sean también seres capaces y autónomos.

Aprovechemos la crisis para seguir ensayando en nuestro entorno modos de vida sostenibles que no expulsen a la gente de su hogar: que incentive el cuidado y lo doméstico como valores inapreciables para todos.

## **Dueñas de nosotras mismas**

EN LA ERA de las comunicaciones, mientras aprendemos a desenvolvernos con la tecnología que nos conecta, no hay que ir muy lejos para retomar fuerzas: en la genealogía de cada una de nosotras están los intentos, los esfuerzos, las voces, los silencios, el cuidado, las soluciones. En nuestra biografía están las presas, las madres solteras, las republicanas, las rebeldes, las sensatas, las católicas recalcitrantes, las conservadoras y las liberales, las valientes, las que aceptaron y las que supieron decir no. Todo lo fundamental está inventado, decía mi abuela, que no se apabulló cuando los norteamericanos llegaron a la Luna.

Démosle brillo a nuestra historia. Sigamos en este camino de hacernos dueñas de nosotras mismas, de creer en el valor del saber y la experiencia heredadas, ese tesoro que hace posible la vida.